

# EMAKUME ABERTZALE BATZA



Texto: Mercedes Ugalde Solano  
Doctora en Historia Contemporánea

**E**uskal emakume abertzaleak beren etxeetatik atera eta parte hartu zuten bizitza publikoan, XX. mendearen lehenengo herenean, beren paper tradizionalarekin, hau da, ama eta emazte paperarekin inolako hausketarik sortu gabe.



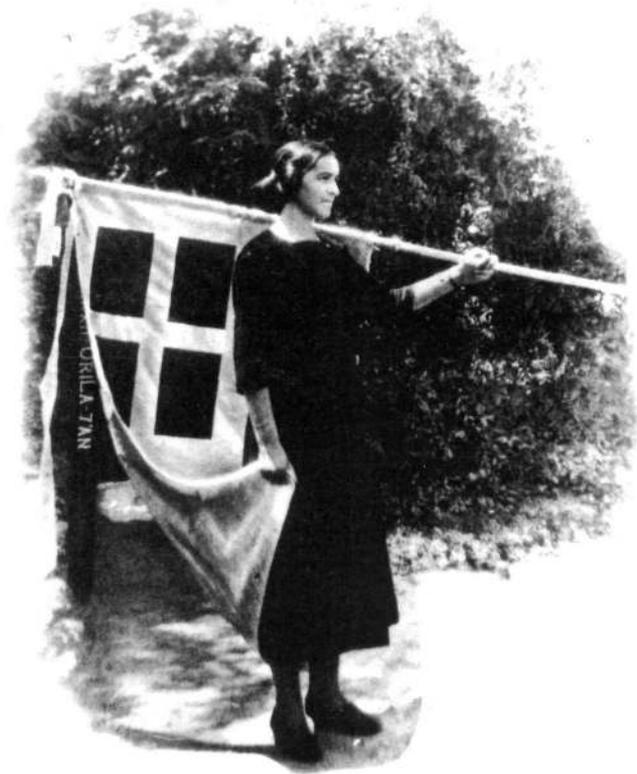
**E**makume Abertzale Batza fue fundada en 1922, y su creación fue la culminación de la primera etapa del proceso de movilización colectiva de las mujeres nacionalistas vascas. Para poder entender este proceso es necesario ponerlo en relación con uno de los acontecimientos más importantes de la historia contemporánea: la incorporación de las mujeres, de forma colectiva, a la política y a la actividad pública en general, poniendo en cuestión su función social limitada a la vida familiar, impulsando una reflexión común sobre su papel secundario en la sociedad, y actuando unidas para lograr cambiarlo.

Este acontecimiento, cuyo desarrollo llega hasta nuestros días y aún tiene un largo camino por recorrer, fue posibilitado por la revolución industrial (que creó las condiciones objetivas que lo hicieron posible) y su impulso consciente provino y proviene del movimiento feminista.

La industrialización se inició en diferente momento, y se desarrolló con características distintas en unos u otros países, de acuerdo con su idiosincrasia económica, cultural y social. Asimismo, los cambios sociales suscitados por el desarrollo industrial incidieron de manera distinta sobre las mujeres de los diversos países y sobre las de un mismo país pertenecientes a diferente clase social, raza o cultura. Como consecuencia de ello, las mujeres utilizaron también vías diversas (las que en cada país, y dentro de él en cada circunstancia, consideraron más practicables) para salir de la reclusión doméstica y encontrar nuevos horizontes de realización personal que en unos casos fueron de carácter individual y en otros de carácter colectivo. Las vías de movilización colectiva fueron fundamentalmente dos:

1. La creación de organizaciones autónomas con objetivos políticos propios.
2. La incorporación a otros movimientos sociales, partidos, sindicatos u organizaciones religiosas.

La primera vía de movilización fue elegida por las mujeres que encontraron las condiciones, objetivas y subjetivas, más favorables para realizar una ruptura con el comportamiento y las funciones asignadas hasta entonces a su género. Estas mujeres pudieron empezar a realizar así un cuestionamiento directo de su posición social secundaria, elaborar una estrategia directamente encaminada a luchar contra ella y crear unos instrumentos de lucha propios, al margen de la influencia masculina. De ellas provino el impulso consciente y la orientación del cambio en la función social de las mujeres. Las llamadas «sufragistas» fueron las más conocidas, dentro de las que optaron por esta vía, especialmente las de EE.UU. y Gran Bretaña.



*«Emakume  
abertzaleak  
ex xeuden beren garaiko  
mugimendu sufragistan sartzeko  
prest, horrek ex bait xien beren  
kontraesana konpontzen uxten».*

La segunda vía de movilización fue seguida por aquellas mujeres que encontraron en su entorno, y en su propia psicología determinada por éste, unas condiciones que no ofrecían perspectivas a una postura de ruptura. Su opción fue imponer de hecho su presencia en los movimientos y en las organizaciones sociales y políticas masculinas, con cuyos objetivos sociales coincidían, asumiendo el papel subsidiario que se les asignaba y tratando de lograr, lentamente y por medios indirectos, un aumento de su influencia en ellos y en la sociedad. Así, abrieron el camino para sumarse al cambio a muchas mujeres, que de otra forma hubieran tenido serias dificultades para hacerlo.

Las mujeres que optaron por esta segunda vía utilizaron el movimiento antiesclavista en EE.UU., el que perseguía la abolición de la prostitución en Gran Bretaña, el movimiento nacionalista en Irlanda o el movi-

miento obrero en la URSS. Llegaron a utilizar incluso las organizaciones de la Iglesia Católica, a pesar de la beligerancia de esta institución en contra del cambio en el papel social de las mujeres.

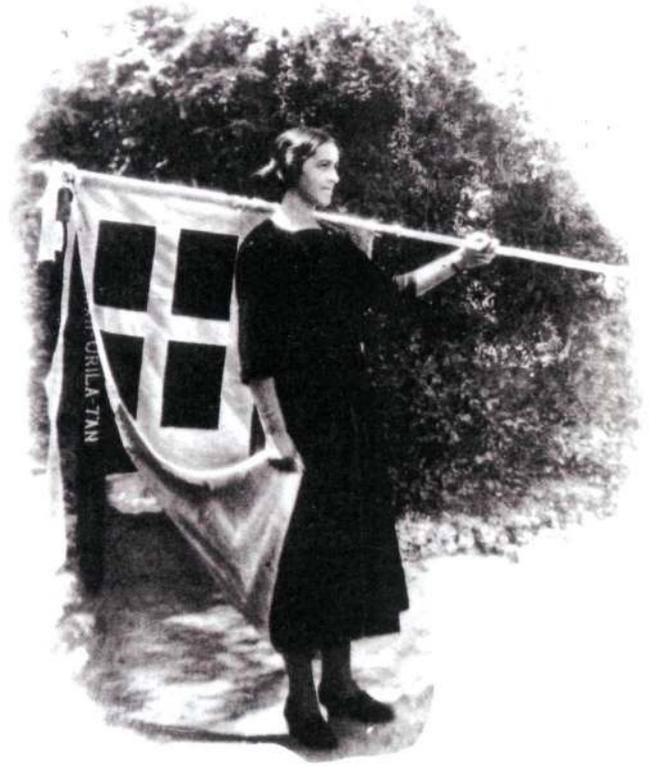
En el País Vasco la industrialización se inició tardíamente, en la segunda mitad del siglo XIX y uno de sus frutos fue la aparición, a finales de ese siglo, del nacionalismo, como reacción defensiva de una sociedad que veía seriamente amenazados sus modos de vida y su cultura por el desarrollo industrial.

Las mujeres situadas en el entorno nacionalista se encontraron, en los primeros años del siglo XX, cuando el nacionalismo empezaba a dar sus primeros pasos, con unos cambios económicos y sociales que empezaban a abrirles la posibilidad de contar con nuevos horizontes de actuación fuera del hogar, como estaba ocurriendo en otros países. Pero, al mismo tiempo, sentían la necesidad de defender las señas de identidad de la sociedad a la que pertenecían, que habían sido definidas por Sabino Arana en una singular doctrina, cuya difusión estaba llevando a cabo el Partido Nacionalista Vasco.

El discurso nacionalista no les ofrecía, en principio, argumentos para adoptar una postura de ruptura con la función social atribuida a las mujeres hasta entonces. Al contrario, la familia tradicional era en él una de las señas de identidad vasca a preservar y la mujer, identificada con su papel de madre y esposa, aparecía como símbolo de la misma patria, la madre patria que era preciso defender. A esto hay que añadir la importancia dada en la doctrina nacionalista a la religión católica, cuyo modelo de mujer (María de Nazaret) se caracterizaba por su exclusiva función maternal y por su sumisión a la voluntad de Dios, descrito siempre como perteneciente al género masculino.

Las mujeres nacionalistas, por tanto, no estaban en condiciones de sumarse al feminismo sufragista, que contaba ya en esas fechas con fuertes y combativas organizaciones en diversos lugares. Tal opción no les permitía resolver la contradicción que vivían, entre su aspiración al cambio —y a la salida de la reclusión hogareña— y la misma exigencia que sentían de evitarlo, debido al vacío que les producía perder las que hasta entonces habían sido sus señas de identidad como mujeres, y a la relevancia que la conservación de éstas adquiría al ser consideradas también por el nacionalismo como señas de la identidad cultural vasca.

Para dar respuesta al mismo tiempo a los dos polos de la contradicción, optaron por incorporarse al movimiento nacionalista buscando que éste reconociese la necesidad de contar con su colaboración, tanto en la actividad privada como en la pública, y asumiendo al mismo tiempo la defensa del papel tradicional de la



*«Nahix eta  
1907. inguruan saicak egin,  
E.A. B. ex da sortuko 1910-20  
hamarkadaren bukaera alderarte,  
baldintza egokiagoak ixan arte  
hain suxen».*

mujer como madre y esposa. En la práctica, por tanto, se sumaban al cambio; además de su trabajo en el hogar trataban de incorporarse también a otras actividades fuera de él. En el discurso, sin embargo, por muy paradójico que pudiera parecer, asumían su papel tradicional doméstico como referente simbólico.

En el movimiento nacionalista, no sin fuertes resistencias, fue despertándose y haciéndose progresivamente mayor el interés de contar con la participación femenina en su actividad pública (en el ámbito privado ya contaba con ella), especialmente cuando se comprobó que las mujeres que buscaban tal participación enarbolaban para lograrlo su nacionalismo y no su feminismo y no expresaban abiertamente otra reivindicación que su derecho a ser útiles al movimiento, de acuerdo con los objetivos señalados a éste por la dirección masculina.



Esta actitud y aquel interés dieron sus primeros frutos visibles en 1906, fecha en la que *Abéri*, órgano de Juventud Vasca de Bilbao, desoyendo las críticas de otros sectores nacionalistas, permitió a las mujeres hacer oír su voz a través del semanario para difundir la ideología nacionalista entre sus compañeras de sexo y género. Aunque este objetivo, señalado de antemano por el semanario, limitaba las posibilidades de la nueva vía abierta a las mujeres, representaba una conquista importante, ya que suponía la ocupación de un espacio social, el de la prensa, hasta entonces vetado para ellas. El ejemplo de *Abéri* fue seguido por otras publicaciones nacionalistas y años después a nadie extrañaría ya encontrar en ellas artículos con firmas femeninas.

De esta primera colaboración en la prensa surgió, en sus mismos inicios, el primer intento de creación de una organización nacionalista femenina, a partir de la propuesta hecha en julio de 1907, a través del semanario *Abéri*, por Raquel de Alda («Kataliñ»). La propuesta era demasiado ambiciosa. La misma colaboración en la prensa, siendo una actividad individual que cada una podía realizar sin salir físicamente del hogar, había suscitado serias críticas entre los nacionalistas, que reclamaban que la actividad de las mujeres no trascendiera fuera del ámbito privado. El nuevo paso hacia adelante de las nacionalistas en la conquista del espacio público difícilmente podía encontrar el apoyo suficiente para llevarse a cabo.

Sin embargo, «Libe» (seudónimo tras el que pudiera esconderse Vitorina de Larrínaga) encontró la forma de lograrlo. Su propuesta, hecha también a través del semanario *Abéri* unos días después, suponía renunciar, de momento, a la creación de la *Asociación Femenina Nacionalista Vasca* sugerida por «Kataliñ», y poner en marcha otro tipo de asociación femenina, el *Ropero Vasco*, que no suscitara tanta oposición, debido a sus objetivos benéficos, y que les permitiera empezar a agruparse y aprender a realizar una actividad pública de forma colectiva.

El pragmatismo de «Libe» tuvo éxito. Las mujeres nacionalistas, aunque vieron desviado su objetivo hacia la beneficencia, contaron con el consenso de todos los sectores nacionalistas para crear el *Ropero Vasco*, su primera organización, en espera de unas condiciones favorables para constituir una organización femenina nacionalista tal como había propuesto «Kataliñ».

Estas condiciones favorables se presentaron a finales de los años diez y principios de los veinte, dando lugar a la creación de *Emakume Abertzale Batza*. Tres fueron los factores principales que permitieron crear, en esta época, la organización que no pudo ser creada en 1907:

En primer lugar la coyuntura internacional favorable a las reivindicaciones feministas tras la I Guerra Mundial. En estos años, en un número considerable de países se reconoció legalmente el derecho de las mujeres al voto y a la actividad política, y se crearon organizaciones femeninas autónomas en lugares donde hasta entonces no se habían dado circunstancias favorables para ello. En el País Vasco aún no existían condiciones para que este tipo de organizaciones pudiera surgir. La misma donostiarra Benita Asas Manterola, dirigente de una de las principales organizaciones feministas autónomas surgidas en Madrid en estos años, llevó a cabo esta actividad fuera del País Vasco. Pero a pesar de ello, también estaba prosperando aquí un proceso de modernización, en el que el movimiento nacionalista estaba inmerso, que incluía algún cambio, por leve que fuera, en las ideas sobre las mujeres y su función social.

*«Abertzaletasunaren inguruan  
mugitzen ziren mende hasierako  
emakumeek ate berriak irekitzen  
zizkieten aldatetekin egin zuten  
topo; baina, era berean, beren  
gizarteko nortasun exaugarriak  
defendatu nahi zituzten».*

El segundo factor que determinó la creación de *Emakume Abertzale Batza* fue la división interna del nacionalismo vasco y la creación, en 1921, de un nuevo partido nacionalista, nucleado en torno a Juventud Vasca de Bilbao y el semanario *Abéri*. Estos eran precisamente los sectores que habían posibilitado los avances de las nacionalistas en la ocupación del ámbito público desde 1906, y ahora necesitaban de todos los apoyos que les fuera posible obtener, incluido el de las mujeres, para ampliar la implantación del nuevo partido en la sociedad vasca.

El tercer factor que impulsó el nacimiento de *Emakume Abertzale Batza* fue la existencia de *Cumann na mBan*, organización de mujeres nacionalistas irlandesas que habían optado por una vía de movilización sin rupturas, en la que habían logrado, además de avanzar en la ocupación de nuevos espacios sociales, una gran influencia y prestigio social, debido a los dramáticos acontecimientos de la historia de su país en los que habían participado y a la alta rentabilidad que la causa nacionalista irlandesa obtuvo de su acción.

Favorecida por estas circunstancias, la creación de *Emakume Abertzale Batza* llegó a ser un hecho en mayo

de 1922. Se trataba de una organización que dependía, desde el punto de vista político e ideológico, de las organizaciones nacionalistas masculinas, en concreto de Juventud Vasca de Bilbao, de la que se declaraba filial; sus objetivos estaban al servicio de los objetivos nacionalistas, y entre ellos no figuraban expresamente las reivindicaciones de las mujeres: su ámbito de actuación estaba limitado a su labor de apoyo a los varones y los medios utilizados por sus afiliadas debían estar «en consonancia con su sexo». Sin embargo, gozaba de autonomía en su funcionamiento interno: tenía sus propias dirigentes: una Junta de siete mujeres presidida por Carmen Errazti («Etzakin»), con atribuciones para tomar sus propias decisiones; a través de esta organización las mujeres podían avanzar en la participación, con entidad propia, en los actos públicos nacionalistas, en el uso de la palabra en público y en el conocimiento de la estrategia y los mecanismos de la política nacionalista, primer paso para lograr algún día ocupar puestos de responsabilidad en ella.

Evidentemente, las limitaciones que las mujeres tenían en esta organización eran muy importantes, y las posibilidades que les ofrecía, contempladas desde hoy, pueden parecer insignificantes. Pero al valorar unas y otras es necesario tener en cuenta el carácter conservador de la sociedad vasca de la época, y el ritmo extraordinariamente lento del cambio en la función social de las mujeres que, a pesar de todo, siguió progresando en ella. En este contexto conservador, las mujeres nacionalistas valoraron positivamente las posibilidades de acción colectiva y pública (más allá de la actuación benéfica y, sobre todo, más allá de la aislada actividad hogareña) ofrecidas por la nueva organización, cuya creación habían esperado largo tiempo.

*Emakume Abertzale Batza*, en su primera etapa, tuvo poco más de un año de existencia ya que fue disuelta en septiembre de 1923 tras la proclamación de la dictadura de Primo de Rivera. Su implantación se limitó, en esta fecha, a la capital vizcaína donde tuvo varios cientos de afiliadas. En 1931, en unas circunstancias políticas extraordinariamente favorables (que permitieron dar un salto cualitativo a las mujeres del País Vasco y España en su ocupación del espacio público) la organización volvería a constituirse. En esos años (cuyo análisis exigiría un espacio del que ahora no disponemos), con el PNV reunificado y progresivamente más receptivo a la participación femenina, *Emakume Abertzale Batza* se extendería por Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra, llegaría a contar con más de 25.000 afiliadas y se convertiría en una vía de movilización masiva para las mujeres nacionalistas; una vía con los importantes límites señalados, pero también con posibilidades que resultaron tentadoras para numerosas mujeres de la época. ■